

Reproducido en www.relats.org

**LECTURAS SOBRE
FUTURO DEL TRABAJO**

ROBERT SKIDELSKY

Universidad de Warwick (Reino Unido)

**Discurso inaugural en el Coloquio OIT
“El futuro del trabajo que queremos”
Ginebra, abril 2017**

**Publicado por OIT en la recuperación de
contenidos de la actividad**

Se requiere responder dos preguntas: i) ¿cómo evolucionará el significado de «trabajo» y «ocio» con los cambios tecnológicos?; y ii) ¿cómo afectarán la tecnología y otros factores al tiempo de trabajo?

En relación con los efectos de las nuevas tecnologías (la automatización y la robotización) que están transformando el mundo del trabajo, hay que preguntarse sobre el origen del miedo a que los avances tecnológicos supongan una reducción de empleos, sobre todo considerando que los avances tecnológicos alcanzados en el último siglo no han provocado desempleo tecnológico, sino más empleos y la creación de productos nuevos e innovadores.

La respuesta a esta pregunta reside en la suposición de que «esta vez es diferente», pues varios estudios proyectan un futuro desalentador para el empleo como resultado de las nuevas formas de automatización.

De hecho, cada vez hay más consenso en torno a la idea de que habrá menos empleos globalmente

y de que los pocos empleos disponibles serán de mucha o poca calidad, pero no realmente de calidad intermedia.

Estas pesimistas previsiones se basan en la premisa de que la revolución digital tiene mucho más impacto en el mundo del trabajo y de que crea una competencia entre humanos y máquinas, no solamente en términos de trabajo físico, sino también de trabajo cognitivo, que hasta ahora se consideraba dominio exclusivo de los seres humanos debido a sus capacidades cognitivas únicas.

Además, los avances que tengan lugar en el mundo del trabajo dependerán del tradicional equilibrio entre el trabajo y el ocio (a saber, hasta qué punto las personas prefieren el trabajo o el ocio) y del margen que tengan los individuos para decidir respecto de ese equilibrio.

Desde el punto de vista económico, los avances tecnológicos suponen una reducción del trabajo necesario para generar una unidad de producción.

En este contexto, si los salarios aumentan, el trabajo se vuelve más redituable que el ocio y la gente trabaja más (efecto de sustitución).

Sin embargo, a medida que aumenta el ingreso, también se incrementa el consumo de ocio, pues se puede financiar el mismo nivel de consumo con menos esfuerzo (efecto ingreso).

Si bien la hipótesis keynesiana (a saber, la idea de que el efecto ingreso domina al efecto de sustitución, por lo cual el promedio de horas de trabajo por semana cayó de 60 a 40) predominó hasta la década de 1980, desde entonces el promedio de horas de trabajo se ha mantenido más o menos estable.

Cabe entonces preguntarse por qué no ha cambiado el valor relativo del trabajo y del ocio desde la década de 1980.

Estos acontecimientos podrían tener origen en diversas causas:

- En primer lugar, la mayoría de las personas valora el trabajo más allá de los beneficios pecuniarios: lo consideran una fuente de satisfacción personal que no solamente colma necesidades materiales, sino que también resulta esencial para el desarrollo personal y la participación en la comunidad.

- En segundo lugar, el deseo inherente e insaciable de los seres humanos de obtener ganancias materiales, alimentado por la actual estructura económica de «publicidad incesante», incita a realizar más horas de trabajo.
- En tercer lugar, son los empleadores y no los trabajadores quienes determinan la asignación de horas, ganancias y condiciones de trabajo.

En este contexto, las horas de trabajo no constituyen un indicador de lo que desean los trabajadores, sino una manifestación de la dinámica estructural de poder inherente al mercado de trabajo.

Si bien los sindicatos y los gobiernos tenían cierto poder respecto de estas cuestiones hace cuarenta años, ese control se ha mermado debido al desmantelamiento de los sindicatos, la liberalización, la financiarización y la globalización.

Por último, el estancamiento y la disminución de los salarios reales han obligado a aquellos individuos con salarios medios a incrementar sus horas de trabajo para mantener o mejorar su nivel de consumo.

Es imperativo considerar el crecimiento de la desigualdad en el ingreso desde la recesión de 2007-2008 y su papel en la determinación de las horas de trabajo.

Es imposible saber si la innovación y la automatización provocarán una reducción de la semana de trabajo, lo cual generaría cambios estructurales en todos los ámbitos.

Es posible que la innovación y los avances técnicos den paso a una reducción de las horas de trabajo.

De hecho, Keynes proyectaba un futuro sin trabajo en el que todo el trabajo necesario para la vida humana sería realizado por «esclavos mecánicos».

Considerando las constituciones psicológica y social actuales de la raza humana, esta previsión parece de momento muy lejana.

Sin embargo, asumiendo que las personas no tengan que trabajar más de 15 horas por semana y que el empleo pleno sin pérdida de ingreso se concrete, ¿qué políticas podrían ayudar a resolver estos problemas, por lo menos de manera parcial?

Está claro que no se alcanzará un resultado óptimo dejando que el «mercado» se encargue plenamente de ello.

La economía neoclásica no sienta bases para intervenir en la decisión de un individuo respecto del trabajo y el ocio. A esta teoría subyace la idea de que la automatización reducirá aún más el costo de la producción, lo cual resultará en mayores ingresos y en un «toma y daca» continuo entre el crecimiento del ingreso y el ocio.

En esta coyuntura, no habría razón por la cual la tasa natural de desempleo debiera aumentar. Sin embargo, se trata de un panorama ficticio, pues, en la realidad, la mayoría de los individuos no tienen margen para escoger un equilibrio óptimo entre trabajo y ocio.

Incluso en un escenario en el que la innovación y la automatización reemplazaran o crearan suficientes empleos, habría que lidiar con un problemático periodo de transición, por lo que es importante reflexionar sobre cómo gestionar estas situaciones.

Así pues, para mantener un nivel pleno de empleo con menos horas de trabajo es necesario intervenir en el mercado hasta cierto punto.

Para ello, existen dos alternativas.

-Gravar los robots y reducir el ritmo de adopción de nuevas tecnologías

-Gravar las nuevas tecnologías, por ejemplo mediante la introducción de un impuesto a los robots que reemplacen el trabajo humano, podría reducir el ritmo de la automatización.

Asimismo, un «impuesto a los robots» asimilaría los costos sociales del desplazamiento, aunque queda por saber si esto podría generar incentivos negativos.

Un impuesto aumentaría los costos y la presión sobre las empresas para que incrementen su productividad, lo cual podría también incrementar los incentivos de las empresas a sustituir el trabajo humano con máquinas más productivas.

Asimismo, a medida que la tecnología asuma más tareas cognitivas, existe el riesgo de que sea cada vez más difícil identificar unidades discretas de trabajo asociadas a la automatización, lo cual es relativamente fácil en el caso de tareas más manuales (por ejemplo, manejo automatizado de existencias, control automático de salida).

Sin una clara distinción y si se agrupa la inteligencia artificial con otra maquinaria, aplicar este enfoque podría resultar en la imposición de la inversión de capital, lo cual podría generar un resultado no positivo.

La idea es reducir el ritmo de la automatización para que la mano de obra tenga más tiempo de adaptarse a esta situación.

En una segunda etapa se podría crear un fondo con los ingresos procedentes de este impuesto para financiar la capacitación (o la nueva capacitación) de los trabajadores más afectados por esta transición.

No obstante, el único objetivo del impuesto a las nuevas tecnologías debería ser compensar los costos de la desaceleración de la adopción de tecnologías.

También se podría crear un fondo con los ingresos obtenidos de la fiscalidad general para apoyar la transición de los trabajadores.

Ingreso ciudadano o ingreso básico universal

Para gestionar la transición también existe la posibilidad de reemplazar el ingreso perdido con un ingreso universal, a menudo denominado «ingreso ciudadano» o «ingreso básico universal».

Esta propuesta no está intrínsecamente vinculada a los desafíos que emanan de la automatización, sino que tiene origen en la idea de Locke de que todo el mundo tiene un derecho patrimonial a su propio trabajo, a las ganancias de ese trabajo y a decidir cuánto quiere trabajar.

Si bien muchos defienden que esta medida devaluaría el trabajo, en realidad liberaría a las personas de la necesidad de ganarse la vida y les brindaría la posibilidad de decidir cuánto quieren trabajar, algo que históricamente solo podía decidir una minoría privilegiada.

Algunos apoyan la idea de un ingreso básico universal debido a la incertidumbre sobre la cantidad de empleos disponibles en una economía cada vez más digital,

Una versión más reciente del ingreso ciudadano implica brindar a todos los ciudadanos una parte del crecimiento de la economía. Según este concepto, los individuos son accionistas de la economía y su trabajo es una «acción» cuyo valor es superior a sus salarios.

Para concretizar esta propuesta, se podría considerar la creación de bancos nacionales de inversión capitalizados por los contribuyentes con fondos de fiscalidad general y con el mandato de realizar inversiones que generen tasas de rendimiento privadas y sociales.

Dichas tasas podrían, por un lado, ser objeto de nuevas inversiones, y, por otro, ser distribuidas como pagos de dividendos. La necesidad de realizar una inversión pública de este tipo se ha exacerbado en años recientes debido a la financiarización de la

economía real y a la avaricia de ingresos a mediano plazo de los inversores.

Quedan preguntas por resolver sobre su financiamiento. Un esquema de este tipo podría ser financiado, por ejemplo, con elevadas tasas marginales de imposición al ingreso y a la sucesión, pues, además de facilitar la transición a una semana más corta de trabajo, el principal objetivo sería democratizar la distribución de la riqueza.

No podemos detener la innovación tecnológica, pero podemos gestionarla de manera colectiva. Aunque la tecnología sea endógena a nuestras sociedades, podemos ejercer un control colectivo sobre su aplicación.

Para ello, es necesario aplicar soluciones internacionales que armonicen el proceso de adaptación al futuro del trabajo.

No se puede «dejar que el mercado se ocupe de ello». Esto significa que nuestra sociedad requerirá algún tipo de gobernanza global que vigile el proceso.

En este contexto, los gobiernos y las instituciones tendrán un papel más relevante a medida que exploremos el camino a seguir.